

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

cuyos primeros números publicados:

La que se hizo amar

de **Marcelo Priollet** y

NADA SE BORRA

de **Max Dervieux** (que acaba de aparecer) han constituido dos grandes éxitos.

El tercer volumen, que aparecerá el día 30 del corriente, se titula:

LA ESPOSA Y LA AMIGA

novela original e inédita del pulcro escritor español **José Baeza Valero**, cuyo asunto, altamente sugestivo y sentimental, será unánimemente considerado como una joya.

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y

su precio es el de UNA PESETA

J. HORTA, impresor-Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 314

25 CTS.



SU
PRISIONERO

POR
WILLIAM BOYD,
JETTA GOUDAL,
ETC.

Filmoteca
de Catalunya

URSON, Frank

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 314

SU PRISIONERO

(HERMAN O'WAR, 1926)

Asunto de amor y guerra, interpretado por

Jetta Goudal, William Boyd,
Junior Coghlan, May Deslys, Frank Reicher, Grace
Darmond, Robert Edeson, etc.

Selección PRO-DIS-CO

(Producers Distributing Corporation)

EXCLUSIVA DE

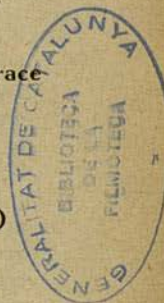
JULIO-CÉSAR, S. A.

CALLE ARAGON, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

JOHN HARRON



Vene 'La Pauchalla': n.º 16 - P. 252
Estrenada a Madrid l'abril de 1928



SU PRISIONERO

Argumento de la película

La gran guerra europea fué pródiga en episodios novelescos que superaron en interés y emoción a las maravillas de la fantasía. La historia que aquí se desarrolla tuvo por escenario la aldea de Ledebourg, en Alsacia, en poder de los alemanes y en la misma línea de fuego.

Un cañón monstruo emplazado y oculto por los alemanes en las proximidades del castillo de Ledebourg arrojaba con terrible insistencia mortífera metralla contra el sector del frente aliado cubierto por franceses y norteamericanos que deseaban ardientemente apoderarse del castillo.

Los aliados contestaban al ataque alemán con poderosa violencia pero sin lograr el asalto de la fortaleza que era su pesadilla. Cierta día, en uno de los continuos combates, abrióse en una montaña un profundo boquete que parecía seguir hacia el castillo de Ledebourg.

Examinó un oficial americano y dijo:

—Señores, aseguro a ustedes que hemos descu-

bierto la entrada de uno de los túneles que conducen al castillo.

—Según parece hay varios pasajes secretos que conducen a sus subterráneos — dijo otro militar.

—Tomemos las linternas y si hallamos la entrada a los subterráneos, nos apoderaremos del castillo.

Como mineros prosiguieron avanzando por el interior de la montaña, siguiendo una galería húmeda y estrecha. Mas, de pronto, vieron cortado su camino por un muro de tierra y piedra que les prohibía el paso.

—Esta galería acaba aquí — explicó el oficial—, pero si conociésemos la dirección de las otras podríamos ir alargándola hasta llegar a la que conduce al castillo.

El cañón continuaba sembrando la muerte en las filas aliadas y era preciso hacerlo callar.

El oficial de aquel sector, ordenó a un subalterno:

—Búsqueme dos hombres decididos que vayan a Ledebourg como desertores y nos comuniquen la dirección de las galerías...

Y aquella misma noche, dos hombres de empuje, dos soldados norteamericanos se dirigieron hacia las líneas enemigas a cumplir aquella delicada misión. Fueron arrastrándose penosamente hasta llegar a Ledebourg y entregarse allí a una patrulla alemana como si fueran desertores. Antes dejaron, oculto entre arbustos, un aparato de radio que les serviría luego para comunicarse con los suyos.

La presencia de los dos soldados causó cierta desconfianza a los soldados alemanes que se apresuraron a llevar la nueva a sus jefes...

En Ledebourg vivía Marieta, una muchacha alsaciana, que era por la sangre y por los sentimientos mitad francesa y mitad alemana, lo que la convirtió

en un conflicto viviente ante las crueldades de la guerra.

Era su mejor amiga la voluminosa Berta, y las dos se dedicaban a los cuidados de sus granjas y de sus tierras de labor.

Aquella mañana cargaban legumbres y hortalizas en un carro y vieron pasar a los dos desertores americanos custodiados por los soldados del país... La noticia de que se había apresado a dos enemigos atrajo tras éstos a mucha gente entre la que se hallaban las dos campesinas.

Los americanos fueron llevados a la posada de la aldea, que estaba convertida en cuartel general alemán del distrito de Ledebourg.

Los oficiales alemanes se hallaban reunidos en consejo escuchando las explicaciones que les daba Ludovico Krantz, del gabinete alemán de informaciones secretas.

Llegaron poco después el coronel Franz Merwitz, comandante del distrito, y la condesa de Ledebourg, consagrada al servicio de su patria en el espionaje alemán. Por el pueblo circulaba el rumor de que el coronel y la condesa eran algo más que simples amigos unidos por el ideal patriótico...

Los dos supuestos desertores fueron introducidos ante el coronel y sus amigos.

Dignamente esperaron a ser interrogados, con la serenidad y confianza de los que todo lo fían en su audacia y su valor.

Uno de los americanos se llamaba Jim Senderson, y no temía a nada más que a la posibilidad de fracasar como voluntario en el peligro. Y el otro, Shorty Ylyn, que sólo soñaba con la toma del castillo de Ledebourg.

La condesa, propietaria del famoso castillo de Ledebourg, era una mujer de belleza rubia y magní-

ca. Indiscutiblemente sus métodos de seducción, la gracia de su figura arrebatadora, tenían que servir como ganzáa de su espionaje militar.

Franz, que temía que aquellos desertores no fueran más que supuestos espías, les contempló con prevención.

Preguntó algo en alemán a Shorty, pero éste no contestó, haciendo signos de que no comprendía una palabra.

—*Er kann nicht deutsch sprechen.* El no sabe hablar alemán — explicó su compañero Jim.

—Con su permiso, señor coronel — dijo Krantz — les voy a interrogar en inglés.

Y preguntó a Shorty:

—Si verdaderamente son ustedes desertores deben probarlo, explicándonos la situación de las tropas aliadas en esta parte del frente.

Shorty, riendo, contestó:

—Su situación es admirable y sus disposiciones terribles porque han adoptado todos los métodos alemanes.

Jim le dió un disimulado puntapié. ¡Estúpido! ¿Es que quería echar a rodar todo el plan? ¡Un poco de prudencia!

No le pasó inadvertida a Krantz aquella advertencia y escribió algo en un papel pasándoselo al coronel Merwitz.

La condesa, sentada al lado del coronel, miraba dulcemente, con exquisita curiosidad a Jim, el más buen mozo de los dos soldados.

Son espías — decía la nota —, démosles bastante cuerda y ellos se ahorcarán por si mismos... Tengámoslos en observación.

El coronel asintió con un gesto.

Entretanto se habían aglomerado ante la posada

muchas mujeres que comentaban la detención de los americanos.

Marieta decía:

—¿Por qué no destinan estos desertores a nuestras granjas para que trabajen?

Había acabado el Consejo. Los dos americanos salieron de la posada custodiados por soldados alemanes.

Marieta se disponía a partir en el carro cuando al encaramarse a él el vehículo volcó y las hortalizas sembraron el suelo como si hubiese surgido de repente una nueva cosecha...

Los alemanes se echaron a reír, y Franz, el oficial, al ver a Berta y a Marieta, les dijo:

—Miren, ya que siempre están ustedes pidiendo hombres para que ayuden al trabajo, ahora tendrán dos... Que cada una tome uno y no dejen de emplear el látigo para hacerles trabajar.

Una gran alegría se apoderó de las dos muchachas alsacianas. Inmediatamente Marieta eligió a Jim como ayudante de sus faenas caseras, y Berta se contentó con el otro. Shorty maldijo su mala estrella... ¡Acababa de tocarle la muchacha más fea!

Ambos se resignaron a su nuevo trabajo en aquellas dos granjas pensando que el servicio de la patria requería todos los sacrificios...

Franz había vuelto a la posada y la condesa que por una ventana veía alejarse a los dos soldados, dijo con un dejo de melancolía:

—Hubiera sido una lástima fusilar por espías a esos dos hombres; uno de ellos es un buen mozo...

Las granjas de Marieta y de Berta estaban separadas por una sola pared, a la sombra del castillo.

Los dos americanos se separaron, yendo cada uno a la granja que se le había señalado.

Un soldado alemán dijo a las mujeres:

—Háganles trabajar de firme... Y si necesitan auxilio, llamen, que siempre habrá un guardia aquí cerca...

—Haremos lo que nos parezca — contestó Marieta.

Y entró en la casa acompañada de Jim que sonreía ante la mujer que le había tocado en suerte... ¡Era bonita, diablo! ¡No parecía presentarse demasiado mal el cautiverio!

Marieta le entregó una escoba, ordenándole que limpiase la casa. Allí había que trabajar de firme, sin perder un instante, porque si no... Y le mostró un látigo...

Jim sonrió.

—Usted no necesitará el látigo para mí — dijo.

—El látigo se ha hecho para los perros y los desertores — le respondió ella con un profundo desprecio por el hombre que había abandonado su ejército, traicionando, según ella pensaba, su honor.

El calló, aceptando resignado el calificativo de desertor... Interiormente sabía que era un buen patriota.

Todo el día le obligaron a trabajar como un esclavo en la granja. Marieta parecía una muchacha dura, inflexible... No le daba reposo.

El compañero Shorty había tenido más suerte. Berta, mujer gruesa y jovial, se encariñó con aquel soldadito pequeño que siempre sonreía y que apenas trabajaba.

—No estés perdiendo el tiempo sin hacer nada — le advirtió Berta...

El escobaba con toda calma y de pronto dijo, en inglés, a su dueña:

—¿Tiene usted un vaso de agua?

Como Berta no sabía otro idioma que el alemán, no le entendió. Entonces, Shorty comenzó a usar el vocabulario de la mímica, y la alsaciana comprendió

a medias. Le trajo un gran vaso de cerveza que Shorty apuró con afición y aun rogó que se repitiese...

Aquella noche, en casa de Marieta, el joven soldado americano comprendió que se le trataría allí verdaderamente como un prisionero. Marieta le contemplaba con una aspereza que repelía toda cordialidad. Cuando después de su trabajo quiso Jim entablar conversación con ella, halló por respuesta una especie de gruñido.

A la hora de cenar llegó Pedrín, el hermano de Marieta, un chico de unos once años a quien ella llamaba su "príncipe cojito".

A la vista del soldado americano, Pedrín preguntó: ¿Qué hacía aquel hombre en casa?

—Este es un americano desertor; quizá sería mejor meterlo con los puercos — dijo Marieta.

Jim escuchó con ojos tristes aquel insulto, y el pequeño quiso acercarse a él con una curiosidad infantil.

—No te acerques — dijo la mujer—, los americanos se comen a los niños...

Pedrín se fué retirando como si le pareciera imposible que aquel muchacho, de aspecto noble y amable, fuera tan malo como decía su hermana.

Fueron a cenar... La estancia, amplia y larguísima, servía a la vez de comedor y de cocina...

Se sentaron a la mesa los dos hermanos, y Jim, junto al fogón, tuvo que comer solitario...

De vez en cuando mientras engullía el escaso condimento contemplaba a Marieta, a aquella alsaciana que había recriminado su desertión... ¡Si ella supiera la verdad!... ¡Pero era menester callar, esclavo del deber!

Y mientras él se veía tratado a su verdadera condición de prisionero, al otro lado, en la granja de

Berta, Shorty cenaba a lo gran señor... ¡Si aquella vida durase... si aquello era la guerra... que nunca viniera la paz! ¡Lástima únicamente que Berta no fuera un poco más esbelta y guapa!...

**

Al cuarto día, Pedrín había descubierto que los americanos querían mucho a los niños y no para comérselos.

Aunque seguía comiendo solo y tratado como un verdadero prisionero, Marieta se mostraba algo menos dura con Jim, vencida por la humillación del americano. Y poco a poco, a medida que iba tratándola, Jim se sentía prendido en los encantos de su guardiana.

¡Oh, no era pecado amar! Marieta era alsaciana, medio francesa pues, y en su corazón no anidaba tampoco el odio a los aliados...

Jim simpatizó pronto con el hermano de Marieta que, a pesar de las primeras advertencias de ésta, fué confiándose rápidamente a la cariñosa bondad del prisionero.

Una tarde, el americano y Pedrín estaban en el campo. El primero viendo los zapatos rotos del niño, cortó un pedazo de cuero de sus fuertes botas de militar y puso con él un remiendo al calzado de Pedrín... Este le miraba, agradecido...

Jim le dijo, entre una sonrisa infantil y bondadosa: —Tengo que decirte un secreto; yo quiero mucho a tu hermana...

El niño rió como si adivinara que aquellas palabras tenían que constituir un nuevo motivo de unión.

—Pero no debes decírselo nunca, ¿eh? — siguió diciendo Jim.

—¡Oh, no... nunca!

Llegó Marieta y ordenó a Jim que se pusiera a trabajar. Pero su orden era menos imperiosa que antes, al mandar parecía llenarse de temblor.

Jim comenzó a arrastrar un arado por la fecunda tierra... El trabajo era fatigoso... El muchacho sudaba...

Marieta, inquieta, se acercó a él y se puso a su



—Tengo que decirte un secreto: yo quiero mucho a tu hermana.

lado para ayudarle en su labor... Jim se opuso, rogándole que lo dejara.

—Este trabajo es demasiado duro para una joven— le dijo.

—Yo soy quien manda aquí — le respondió Marieta—. Y ahora quiero ayudarle...

Y se juntaron los dos por el campo que parecía llenarse de paz en aquella caída de la tarde, como si

ellos fueran un matrimonio de labradores que dieran los últimos toques a su jornada diaria.

Pasaron algún tiempo en la monótona labor hasta que se apagó el sol... Un trabajo de mujer no se acaba nunca, si ésta tiene a su lado un buen mozo...

Hablaron... y lentamente parecieron descubrir una coincidencia de gustos, de ideas que les asombró... No parecían prisionero y guardiana, sino gentes libres y enamoradas.

Y aquella noche, Marieta sintió por Jim, por primera vez, un interés que nada tenía de banal ni frío, sino que parecía forjado en los yunques ardientes del amor.

Por la noche, antes de ir a descansar, Pedrín comunicó a su hermana el secreto.

—Jim está enamorado de ti, pero esto es un secreto que no debemos decir a nadie...

El corazón de la alsaciana se estremeció... Lo que ella no osaba adivinar, ¿había sido comprendido tal vez por el americano? ¡Oh, Dios!, ¿es que en realidad estaba enamorada de su prisionero?

—A ti te gusta, ¿verdad? — le dijo Pedrín, observando su turbación.

Ella calló unos instantes, le pareció imposible que la compañía de aquel muchacho en su casa hubiera rendido su albedrío, y respondió tímidamente:

—¡Sí... un poquito!

Pedrín la abrazó conmovido... El americano era muy bueno.

Mientras tanto, en la línea aliada que estaba solamente a unos cien metros del castillo, los americanos recibían por primera vez noticias de los fingidos desertores.

Shorty había ido al lugar del bosque donde escondieron el aparato de radio, y comunicaba con los suyos...

—Los alemanes nos vigilan estrechamente... — dijo — Jim no ha podido hacer nada aún, pero pronto sabrán de nosotros.

El jefe americano le respondió:

—Hemos descubierto que el pasaje en que estamos conduce hacia el sur del castillo. Urge que Jim nos dé la dirección exacta...

—No nos retrasaremos...

A la mañana siguiente, Shorty comunicó a su amigo la entrevista radiotelefónica. Era necesario apresurarse, hacer algo para lograr apoderarse del castillo. ¿Pero cómo trabajar, cuando ellos adivinaban que cerca de las granjas vigilaban las tropas germánicas ante la sospecha del espionaje aliado?

Los dos soldados se despidieron quedando en acelerar los acontecimientos... Shorty, llamado por Berta, marchó al lavadero y ayudó a la granjera a transportar un cesto de ropa, aunque en realidad quien llevaba todo el peso era Berta... El americano se limitaba a indicarle el camino...

Había adoptado el propósito de trabajar lo menos posible... Pero como Berta le miraba con simpatía especial, no le recriminaba por su falta de rendimiento.

Jim quedó trabajando en el huerto y Pedrín se le acercó y le dijo alegremente:

—Marieta le quiere, pero no le gusta que le sepamos...

Jim sonrió jovialmente... ¡Qué alegre estaba! Y como viese acercarse a Marieta, sonrió con más intensidad como si quisiera decirle que acababa de descubrir el bello secreto...

La muchacha, que no quería que descubriesen sus sentimientos, le dijo, con supuesto enfado:

—¡Perezoso! ¡Vaya usted en seguida a tender esa ropa!

—¿Tanta prisa corre?

—Vaya usted en el acto... Y no me replique. ¿Es que olvida su situación?...

Jim cogió un cesto de ropa y comenzó a tenderla en las cuerdas. Lo hacía de mal humor y con frecuencia las blancas piezas caían al suelo, ocasionando disgustos a la alsaciana...

Un automóvil descubierto se detuvo en el camino, junto al campo. En él iba una mujer, hermosa y de un rubio de oro: la condesa de Ledebourg.

Cuando una mujer es coqueta y está al servicio secreto de su ejército, es doblemente temible para el prisionero.

Sonrió al ver a Jim y le llamó, impulsada por la simpatía que le inspiraba este muchacho. Al acercarse a él no era el interés del espionaje lo que la guiaba, sino un anhelo de amor, una repentina pasión por aquel mozo fuerte y varonil de la otra parte del mar.

Jim acercóse, sonriente, complacido de que tan bella mujer se fijase en él.

—Lo hace usted muy mal como lavadero, señor Sanderson — le dijo—. Creo que en el castillo podría usted encontrar trabajo más adecuado para un soldado.

Jim, que sabía que el castillo era la base fundamental de su plan, respondió alegremente:

—Estaría muy contento trabajando para usted, condesa...

—Pues daré las órdenes para que lo envíen a mi castillo.

Y le tendió una mano blanca, olorosa...

Marieta había presenciado dolorida la escena y acercóse rápidamente al automóvil.

—Tenga usted en cuenta que me lo dieron a mí — protestó—. Usted no tiene derecho a llevárselo.

La condesa se echó a reír como si le hiciera gracia

la pretensión de aquella infeliz campesina. Y dando orden al chofer, el coche partió, y con la mano dió ella un adiós al desertor.

Berta y Shorty habian presenciado la escena, y se encaminaron hacia Marieta y Jim. Los dos soldados se alejaron para hablar de la necesidad de ir pronto



—Estaría muy contento trabajando para usted, condesa...

al castillo y averiguar si existía realmente un paso subterráneo en su interior.

—La condesa obra lealmente cuando quiere colocarle en el castillo — decía Shorty—. No debe usted rehusar esta oportunidad...

—Sí, sí, esta misma noche iré...

Mientras, las dos granjeras, hablaban.

—¿Por qué se queja? — decía Berta—. Lo asombroso es que no se haya marchado antes.

—¿Por qué? — respondió, llorosa, Marieta.

—Permítame que le diga una cosa, Marieta; deje el vinagre y emplee un poco de azúcar.

—Tiene usted razón... Los primeros días fui dura con Jim.

—Haga usted como yo... Mi prisionero no hace más que alabarme...

Y Marieta, cumpliendo los consejos de su amiga, horas después puso ya en práctica su proyecto.

Cuando a mediodía regresó Jim de su trabajo en el campo halló la mesa con tres servicios de platos y con una torta en la que había varias candelas encendidas.

Pedrin le miró sonriente.

—¿Qué pasa hoy? — dijo Jim, extrañado.

—Marieta dice que es mi cumpleaños... — respondió el niño.

Llegó Marieta, y mostrándose ya franca y risueña con Jim, como nunca lo había estado, le invitó a sentarse a la mesa... Era el cumpleaños de Pedrin y ya que el soldado vivía con ellos, justo era que participase de la fiesta...

El niño apagó las luces de la torta tradicional y dió principio a la comida.

Jim mostróse encantado de la prodigalidad y bondad de los platos... Y mientras comía miraba a Marieta que le contemplaba a su vez con una insistencia acariciadora.

Entretanto los soldados norteamericanos seguían trabajando en la galería subterránea buscando a ciegas el camino que había de conducirles al castillo.

—Hemos profundizado quizás demasiado — dijo el jefe—, pero el terreno es muy duro. Tendremos que esperar hasta recibir noticias de Jim...

En casa de Marieta había acabado la comida, y

para remate de la fiesta íntima, pasaron la tarde jugando a la gallina ciega.

Jim, con los ojos vendados, perseguía a Marieta y al niño que palmoteaban jubilosos...

Shorty entró en la casa y sonrió admirado. Marieta le miró alegremente; aquel era un día de fiesta para todos.

Shorty intervino en el juego y Jim logró darle alcance... ¿Quién sería? El soldado se agachó para parecerse al niño y Jim creyó que realmente se trataba de él, pero encontró muy duro y áspero el roce de la barba... Le pareció notar algunos pelillos en aquel rostro y arrancó uno.

Shorty lanzó un grito y Jim quitóse la venda... ¡Ah, Shorty! ¿También a él le gustaba jugar?

Pero un instante después en que los dos hombres quedaron en un rincón, Shorty le dijo angustiado:

—Por amor de Dios, vaya usted al castillo y no se olvide de lo que nos ha traído aquí.

—Es verdad. Hay que partir ahora mismo...

Shorty salió y Jim dirigiéndose a Marieta le comunicó que iba a marchar al castillo.

Marieta le miró sorprendida, celosa:

—Señor, Jim, no aguará usted la fiesta de Pedrín marchándose ahora — dijo.

—No tengo más remedio que marcharme...

Ella le miró con exaltación.

—Se va usted sólo por ver a la condesa — exclamó —, pero no debería obedecer a esa mujer.

—Mi deber me exige partir, Marieta...

Y quiso dirigirse hacia la puerta, pero ella le impidió el paso y empuñó su látigo.

—¡No marchará de aquí! ¡No lo quiero! — gritó.

El joven la miró sorprendido... ¡Ah, cuán equivocada andaba Marieta! Si a él no le interesaba la

condesa como mujer, sino que iba a cumplir un servicio de su patria... Pero, ¿cómo confesar esa peligrosa misión a una mujer casi enemiga?

—Déjeme usted salir... — suplicó.

—¡No... no... atrás!



Jim, con los ojos vendados...

Y como él pretendiese avanzar, el látigo restalló veloz sobre su cuello...

Jim quedó horrorizado, paralizado en su sitio, sufriendo en silencio la agresión de aquella bonita mujer que tanto le interesaba... ¡Ah, si no hubiera sido ella, cómo habría contestado al latigazo!

Pedrín en un rincón miraba apenado la escena.

Ella, arrepentida, bajó el látigo y casi lloró, pretendiendo que aquel hombre le perdonara su gesto audaz, arrebatado, imprevisto...

—¡Oh, Jim... yo no quería hacerlo! — murmuró.

Llamaron enérgicamente a la puerta y Marieta, aturrida, la abrió... Un soldado alemán apareció en el umbral.

—La condesa ha mandado buscar al americano — ordenó—. Sígame usted...

Jim, vacilante, comprendiendo el dolor que causaba a aquella mujer, siguió al soldado teutón...

Y Marieta quedó desamparada, abrazando a su hermanito, sintiéndose asfixiada por el dogal de los celos...

**

Más tarde llegaba Jim al castillo, hermoso ejemplar feudal que conservaba el encanto y la poesía de las fortalezas medioevales.

Admiróse Jim de la suntuosidad de las estancias, del lujo espléndido de los salones.

Un criado alemán, especie de mayordomo que tenía un brazo imposibilitado, le dijo al entrar:

—Señor, la señora condesa le proporcionará ropa conveniente... Haga el favor de acompañarme...

Subieron a una habitación; sobre una cama había un traje completo de smoking y elegante que Jim se apresuró a vestir... Le era ancho y no armonizaba con sus botas sucias y rudas de soldado, pero ello no importaba...

Volvió al salón, esperando la llegada de la señora condesa. Francamente se admiraba del cariño y la simpatía que la dama sentía por él... Y Jim se aprovecharía para poner en práctica sus planes...

Mientras meditaba sobre la necesidad de conocer cuanto antes el subterráneo que ponía en comunicación el castillo con la parte donde estaban los sol-

dados americanos, escuchó una dulce voz detrás de él.

—¡Buenas noches!

Era ella, la condesa de Ledebourg, rubia y hermosa como una aparición, bella y dorada como las heroínas de la Germania...

—¡Oh, señora — dijo él, inclinándose—, la suerte me favoreció cuando me hicieron prisionero!...

A la condesa le agradó el porte distinguido del joven, y respondió:

—Usted no es mi prisionero, señor Sanderson, sino mi invitado...

Y sonriente llenó dos copas de dorado vino, y bebieron.

—¡Qué rico es! — comentó el mozo.

—Es de la bodega del castillo donde hay los mejores vinos de Eufopa.

—Siempre he sido aficionado a las buenas bodegas que atesoran vinos tan ricos... ¿Quiere usted enseñármela? — dijo Jim, con una remota esperanza de encontrar alguna salida en la bodega que pudiera indicar a sus amigos.

—Venga usted — le dijo ella, cariñosamente.

Descendieron a la bodega, llena de grandes toneles que esparcían un olor fuerte y ardiente.

Ella le fué mostrando aquellos vinos encerrados, de fechas remotas, lejanas. Ante un tonel que guardaba en su seno un vino de más de un siglo de existencia, la condesa explicó muy cordialmente:

—Permanece cerrado desde hace muchos años. Espere; voy a buscar la llave arriba.

Y marchó, dejando solo a Jim en el subterráneo... El soldado no perdió el tiempo... Comenzó a registrar la bodega hasta encontrar una puerta que simulaba la boca de un tonel y que se abrió al poner Jim impensadamente los pies en uno de sus maderos... En su interior no saltó el vino

como era de esperar, sino que apareció un largo corredor que se perdía a lo lejos...

Jim, atrevidamente, se internó en él; no había duda de que aquella salida era la que estaban bus-



—Permanece cerrado desde hace muchos años...

cando los soldados americanos desde hacía tanto tiempo...

En un instante, estudió la situación en que estaba empotrado el tonel que disimulaba una puerta y apuntó unos números en un puño de su camisa.

No pudo entretenerse más, oyó los pasos de la condesa y cerró de nuevo el tonel, paseando indiferente entre los depósitos de vino.

—Esta bodega, lo mismo que su propietaria, es muy interesante... — dijo.

—¡Oh, muchas gracias! — respondió ella, mientras abría el candado del viejo tonel...

Bebieron otra vez y luego subieron al comedor...

Marieta, celosa, había rondado hasta entonces por los alrededores del castillo y saltó por un balcón al comedor, con un deseo de salvar a Jim — pensaba — de las seducciones de aquella mujer.

Oyó que alguien se acercaba y se escondió debajo de la mesa...

La condesa y Jim tomaron asiento, y el mayordomo empezó a servir una cena espléndida.

Jim estaba satisfecho de ser tratado a cuerpo de rey. Contestaba, galante y cumplido, a las palabras gentiles de la rubia.

Debajo de la mesa, Marieta escuchaba, anhelante.

El americano alzó su copa y dijo mirando cariñosamente a la condesa:

—Su prisionero brinda por usted y desea permanecer su cautivo...

Ella alzó la copa y respondió:

—¡Por usted!

Y sus ojos se clavaron en él con una mirada de amor... Jim, turbado, bajó los suyos.

Vió Marieta que la condesa acercaba su fino pie al del joven como si quisiera pisárselo como una grata insinuación. Rápida, la granjera se descalzó y acercó su zapato al de ella. La condesa lo pisó suavemente, creyendo que era el de él...

Marieta alzó de nuevo su zapato y lo puso un instante sobre el de la condesa, dando a ésta la impresión de que el soldado correspondía a su mudo lenguaje.

La alemana miró complacida el rostro de Jim, pero éste sonrió indiferente, ignorando lo que ocurría bajo la mesa.

De nuevo la condesa adelantó el pie, pero esta vez

Marieta, sin poderse contener, dió con su zapato un violento golpe contra la pierna de ella que la retiró, precipitadamente, llena de asombro por aquel proceder incorrecto.

Miró indignada, dolorida, al americano, pero éste continuaba con su expresión de fina cordialidad... Los pies de la rubia tropezaron entonces con una pierna, un cuerpo... Miró extrañada y vió a una mujer.

—¡Eh! ¿qué es eso? — gritó—. ¡Salga usted de aquí!

Y ante la estupefacción de Jim, apareció Marieta.

—Ahora comprendo para qué lo quería usted — dijo la granjera.

Roja de indignación, la condesa le señaló la puerta:

—Márchese inmediatamente de aquí...

—Sí, me voy — dijo Marieta, celosa, mirando al soldado y a ella—. Y el coronel Merwitz se alegrará mucho al saber lo bien que trata usted a los americanos...

Y marchó con gesto de desprecio, mientras una sombra de preocupación ensombrecía el rostro de la condesa.

Temió que aquella mujer fuera a comunicar al coronel su intimidad con el americano y dijo a éste, con disgusto:

—Mejor es que se vaya usted de aquí. Lo siento... pero esa mujer...

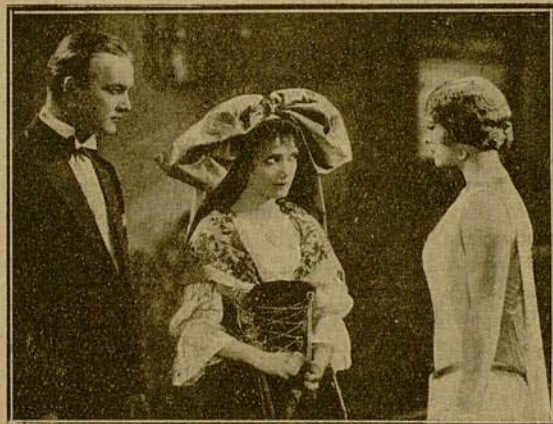
—Nada de lo que ella haga borraré de mi memoria el recuerdo de esta velada tan agradable e instructiva para mí — respondió Jim, inclinándose.

Y besó la mano de la condesa, dirigiéndose al cuarto a cambiar su vestido smoking por el uniforme.

Y Jim poco después era de nuevo prisionero de Marieta. Se había llevado convenientemente oculta la

camisa de etiqueta en que tenía apuntados los números que señalaban la situación del subterráneo...

Ya en su casa copió en un papel los números y al cerrar la noche, acompañado de Shorty, se diri-



—Ahora comprendo para qué lo quería usted.

gió al lugar donde tenían instalado el aparato de radio.

—¡Aprisa! — dijo Jim ante el auricular, comunicando con las tropas americanas—. Ya tengo las direcciones...

Iba ya a darlas, cuando Shorty le advirtió que llegaba Marieta y él dejó inmediatamente el teléfono y el papel con las instrucciones, ocultándolo todo tras unos arbustos...

Desde el campamento americano llamaron en vano a Jim...

—Algo habrá sucedido — dijo el jefe—, Jim se ha marchado...

Los dos soldados salieron al encuentro de Marieta que les miraba sonrientes.

—¿Buscaba usted la camisa que le dió su querida condesa? — dijo la mujer.

Jim se estremeció.

—Yo vi donde usted la escondía y la he llevado al coronel Merwitz. Espero que le concederán la libertad después de todo esto...

—¡Oh, Dios! — rugió Jim—. ¿Qué locura ha hecho usted!

—Quieren ver los signos y todo lo que usted escribió en el puño de la camisa — dijo sencillamente la alsaciana.

—¡Nos ha perdido usted para siempre! — gritó Jim—. ¡Es necesario huir!...

Una palidez mortal cubrió el rostro de Marieta.

—Jim, entonces ¿qué es lo que he hecho? — gimió, sin darse cuenta del daño que acababa de causar.

Ella había entregado la camisa para dar celos al coronel contra la condesa... pero nunca para perder a Jim... al hombre que amaba.

Sin contestarle, quisieron huir, pero su intento fué inútil. Un piquete de soldados alemanes mandados por un oficial se presentó ante ellos, procedió a su detención.

Jim y Shorty, desolados por el fracaso de su plan, se entregaron sin resistencia, mientras Marieta, horrorizada por su propia obra, les seguía como una imagen de desesperación.

Pocas horas después se reunía el terrible Consejo de Guerra en el mismo salón en que Jim cenó con la condesa.

La condesa de Ledebourg había partido del castillo, temerosa de que su íntimo amigo el coronel

Merwitz le recriminara violentamente su conducta de intimidad con el americano.

El Consejo era presido por el general jefe de aquel sector del frente alemán.

Los dos soldados comparecieron, serenos, ante el Tribunal.

Ludovico Krantz, el agente de informaciones secretas, era el que les interrogaba.

—¿Qué significan esos números que hay en el puño de su camisa? — le preguntó.

—Lo siento mucho, pero no puedo decirlo — respondió Jim.

—En la situación en que usted se encuentra, haría mejor en contestar a lo que se le pregunta.

—¡No!...

—Entonces ustedes dos serán fusilados como espías — gritó el coronel.

—Yo fui quien hizo estos números — dijo Jim—. Mi compañero no sabe nada.

Marieta, que presenciaba la vista, sentíase estremeada de terror... ¡Y era ella la responsable inconscientemente de todo! Miraba con ojos de amor y piedad a Jim pidiendo que la perdonase. El americano la contemplaba con indiferencia... Y Shorty pensaba que los fusilarían a los dos.

El presidente ordenó que los acusados salieran del salón, y Marieta se acercó entonces al general y suplicó:

—Ellos son inocentes... yo... fui yo... quien escribió en el puño...

Una sonrisa de incredulidad se dibujó en los labios de Krantz, y dijo:

—¿Quiere jurar que fué usted quien escribió esto? ¡Vamos a ver! ¿Qué había escrito, números, dibujos o palabras?

Marieta lo ignoraba en realidad, y respondió al azar:

—Eran dibujos...

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Krantz, y dijo a sus compañeros:



—Ellos son inocentes...

—La muchacha está enamorada del americano y ahora quiere salvarle...

Los americanos salieron, obligados por un piquete, lanzando una mirada desdeñosa al Tribunal... Jim agradeció a Marieta su gesto.

Marieta lloraba ante aquellos hombres sentados ante ella.

—Yo no quería hacer daño a Jim — repitió Marieta —, yo no quiero que le maten...

—Sólo usted puede salvarle si nos dice lo que sig-

nifican los números. Háblele usted a Jim. Si lo consigue, estará salvado — dijo sonriente, Krantz.

Marieta, con una luz de esperanza en los ojos, fué a la cercana estancia donde estaban ahora los dos soldados.

Loca de amor y de desesperación, acercóse a Jim, y le dijo:

—No me importaría morir por salvarle... He sido una criminal, pero confíe en mí... Dígame lo que debo hacer.

—¿Quiere usted... ayudarme... de veras? — respondió Jim, adivinando la mano de la fatalidad en toda la tragedia.

—¡Se lo juro!...

Jim pensó entonces en la patria, en el deber al que era preciso acudir...

—Pues bien — le dijo, mientras Shorty vigilaba que nadie se acercase a la estancia—. Detrás del tronco donde me arrestaron hay un aparato de radiocomunicación y un papel con instrucciones... Gire el disco hasta el número sesenta y obtendrá la respuesta... Usted leerá entonces los números marcados en el papel. ¿Lo hará usted?

—¡Sí! — respondió ella, solemne.

—Si la descubren también la fusilarán... Moriremos los dos, Marieta... Tal vez a Shorty no le maten... Pero usted es más francesa que alemana y este es el único medio que tenemos de que vengan los americanos...

Llegaron unos soldados alemanes, y los americanos fueron conducidos de nuevo ante el Consejo de Guerra. El Tribunal acababa de deliberar.

Marieta se acercó anhelante, temerosa, ante el general.

—¿Verdad, Excelencia, que no le fusilarán?

El militar hizo un gesto ambiguo... ¡Tal vez si ella hablase!...

—Pues bien — dijo la ingenua muchacha que desconocía el rigor y los procedimientos sumarísimos de la guerra—, si es así les diré que aquellos números eran para los americanos, pero no pudo hacerlos llegar...

—¡Infame! — rugió Jim, enloquecido, creyéndose vendido de nuevo... Y quiso lanzarse contra ella, pero los soldados se lo impidieron...

—¡Dejadme... traidora... vill!...

Shorty miraba con ojos acusadores a Marieta... ¡Qué mujer!

Marieta, espíritu inocente de campesina, quedó en un rincón, horrorizada...

El general, con una sonrisa de triunfo, habló:

—Conducid a este prisionero a la torre del castillo para esperar la ejecución — dijo fríamente—. Al otro soldados guárdenlo en la bodega. Veremos si sigue la suerte de su compañero.

Los dos americanos se alejaron, mirando altiva y firmemente a la alsaciana. ¡Traidora!

Pero Marieta suplicó con lágrimas de inmenso dolor:

—No hagan ustedes eso. Yo he hablado porque creí que en cambio no le matarían...

Viendo su desesperación, Krantz dijo a los oficiales:

—Habrà que vigilar a esa muchacha. No olviden que es medio francesa...

Marieta lloraba, y el general, con gesto bondadoso, le dijo:

—Animo, hija mía, todos debemos hacer grandes sacrificios por la patria. Usted acaba de poner a su patria por encima de su amor, prestando a aquélla un gran servicio que le será recompensado.

Marieta se alejó llorando, sin oír, casi sin ver...

Con el corazón desgarrado al darse cuenta de las consecuencias de su noble acción, Marieta, que creía haber puesto su amor por encima de todo, cayó en el más triste abatimiento, convertida en una de las muchas víctimas de aquella guerra despiadada.

¡Qué inmensa locura! Ella pensó al confesarlo todo que salvaría de este modo la vida de Jim... ¡su existencia amada!... Y ahora nada había conseguido... Jim moriría también... y traicionado.

—¡Madre! ¡Madre mía!... ¿qué debo hacer?

Y de pronto una idea iluminó su cerebro... Recordó lo que le había dicho Jim... el aparato de radio... las instrucciones... ¡Sí... sí!...

Y en la obscuridad de la noche corrió hacia el bosque y colocándose el auricular llamó.

El jefe americano se puso al aparato.

—Es una mujer que habla alemán... — murmuró.

Llamó a otro soldado que entendía este idioma para que tomase las instrucciones.

Y ella, la heroica alsaciana, fué dictando los números que debían indicar la situación del subterráneo del castillo... y luego dijo con voz angustiada:

—¡Vamos! ¡Dénse prisa!... Es Jim quien me envía!... ¡Su vida depende de que ustedes vengan!...

Dejó el auricular y rompió el aparato, destrozando los hilos y las bombillas. Estaba efectuando esta operación cuando una sombra se perfiló tras de ella: la de Ludovico Krantz.

Ella le miró asustada, pero dijo intentando disimular, señalando el aparato destrozado:

—Ya no puede hacernos daño... lo he destruido.

—Usted ha destruido todo medio de salvación para su novio y para usted misma — respondió el alemán—. Siga usted...

Y unos soldados que iban detrás de Krantz, la

obligaron a marchar, llevándola a la bodega donde estaba Shorty encerrado, pero en otro departamento.

Marcharon los alemanes, Shorty y Marieta pudieron hablar a través de las puertas. Y el soldado escuchó de labios de la alsaciana, su noble acción. ¿Llegarían a tiempo los americanos de salvar a Jim?

Un piquete de soldados fué a la torre donde estaba Jim, llevándolo de nuevo ante el Tribunal...

Jim se presentó sin perder su imperturbable serenidad ante el Consejo de Guerra, y el general le dijo:

—Va a serle leída la sentencia que se ejecutará en seguida...

Mientras tanto los soldados norteamericanos, orientados por los números que Marieta les había comunicado, entraban por el camino subterráneo... ¡Era preciso apresurarse... la vida de Jim dependía de unos minutos tal vez!...

Llegaron al corredor que conducía a la bodega del castillo donde estaban encerrados Marieta y Shorty. De pronto vieron éstos que a la boca de un tonel se hundía y que aparecían por su interior una legión de soldados, que avanzaban con gritos de júbilo...

Corrieron a libertar a Marieta y a Shorty que enloquecían de dicha.

Shorty, arrancando el arma de otro soldado, avanzó decidido hacia el salón del castillo con Marieta y el ejército libertador.

Acababan allí de leerle la sentencia a Jim.

—¡El Consejo ordena la ejecución inmediata! — dijo el general.

Jim bajó la cabeza... ¡Todo inútil!... ¡Adiós... vida!

Pero cuando iba a salir, una gran cortina del fondo se recorrió y apareció un centenar de soldados

americanos que apuntaban a los oficiales del Tribunal.

—¡Todo el mundo preso! ¡Las espadas! — gritó el jefe americano.

Jim se volvió sorprendido, emocionado.

Indefensos, los alemanes entregaron sus espadas y el jefe americano devolvió la suya al general.

Marieta llegaba arrogante, triunfadora, al lado de Shorty. Y éste dijo a Jim con entusiasmo:

—Jim, todo se lo debemos a Marieta. No nos ha traicionado nunca, ella, que es francesa de corazón, será americana para siempre; es la que ha guiado a nuestros soldados. ¡Viva Marieta!

Y Jim, loco de júbilo, de intensa emoción, viendo a Marieta que reía y lloraba, creyendo en ella, la besó con un beso en que dejaba escapar todas sus angustias de amor, de aquel amor que había pasado por la angustia de una supuesta traición...



Los americanos prosiguieron su avance, logrando ahuyentar al resto de las tropas y apoderarse del formidable cañón...

Pocos días después llegó la paz...

Jim se casó con Marieta, agradecido a la mujer que le había hecho su prisionero desde el primer día... Pero Shorty no quiso imitar el ejemplo de su compañero... Berta era demasiado gruesa y fea... Prefería la soltería... Y partió hacia la libre América...

Próximo número: sábado, día 26 de noviembre. - EXTRAORDINARIO

La Juventud tiene sus derechos

por la monísima LEE PARRY

Gran asunto - Postal-regalo: SALLY O'NEILL

Numerosas escenas de la película **50 cts.**

Esta semana, *Los Grandes Films* de **La Novela Semanal Cinematográfica**, publican el gran éxito de la Paramount

El vestido de etiqueta

Protagonista: ADOLPHE MENJOU

DON JUAN y NOCHE NUPCIAL

por John Barrymore y Lily Damita,
respectivamente, son los dos últimos grandes
éxitos de Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

Ediciones BISTAGNE

Próximamente: **LA MARIPOSA DE ORO**,
por Lily Damita

BEAU GESTE, por Ronald Colman

En
breve:

NUMERO ALMANAQUE

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

P A R A 1 9 2 8

